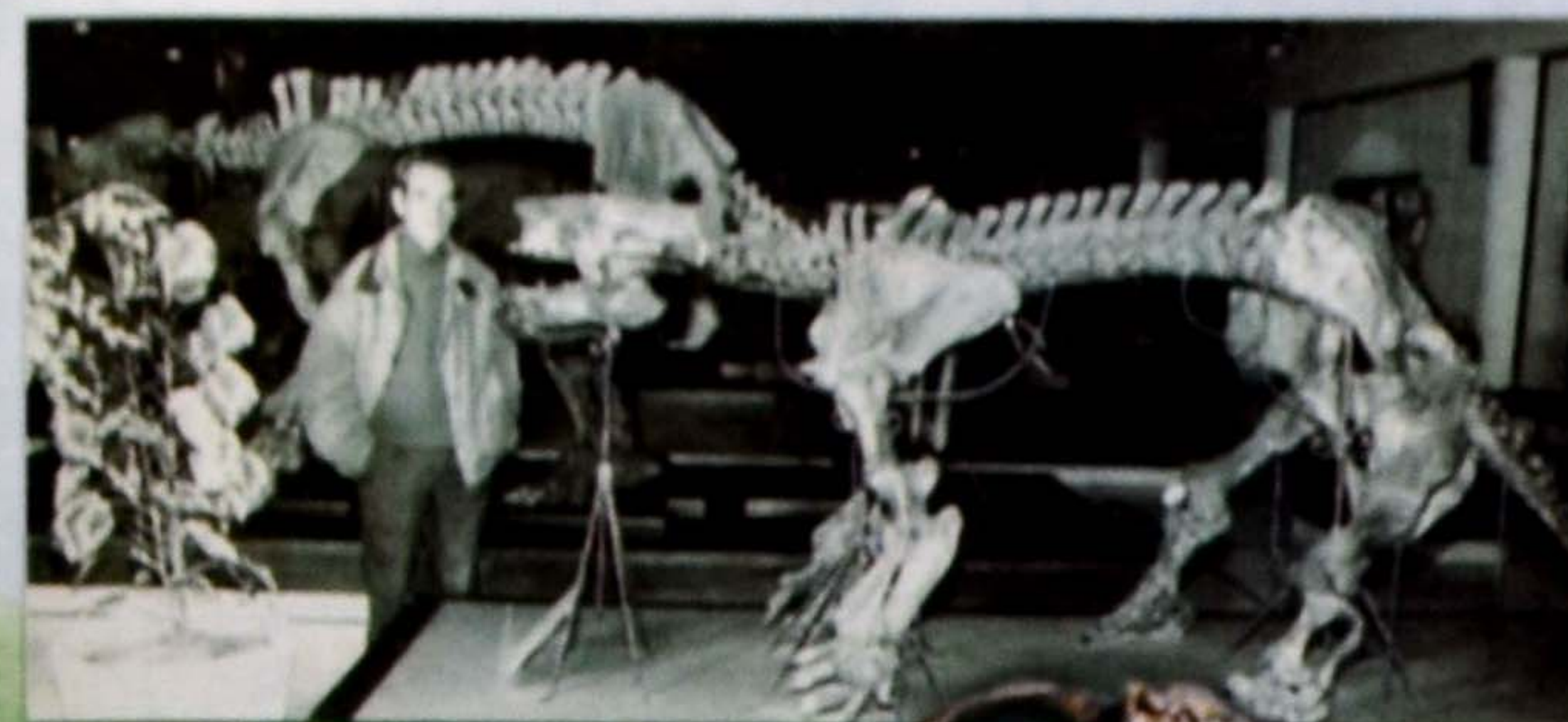
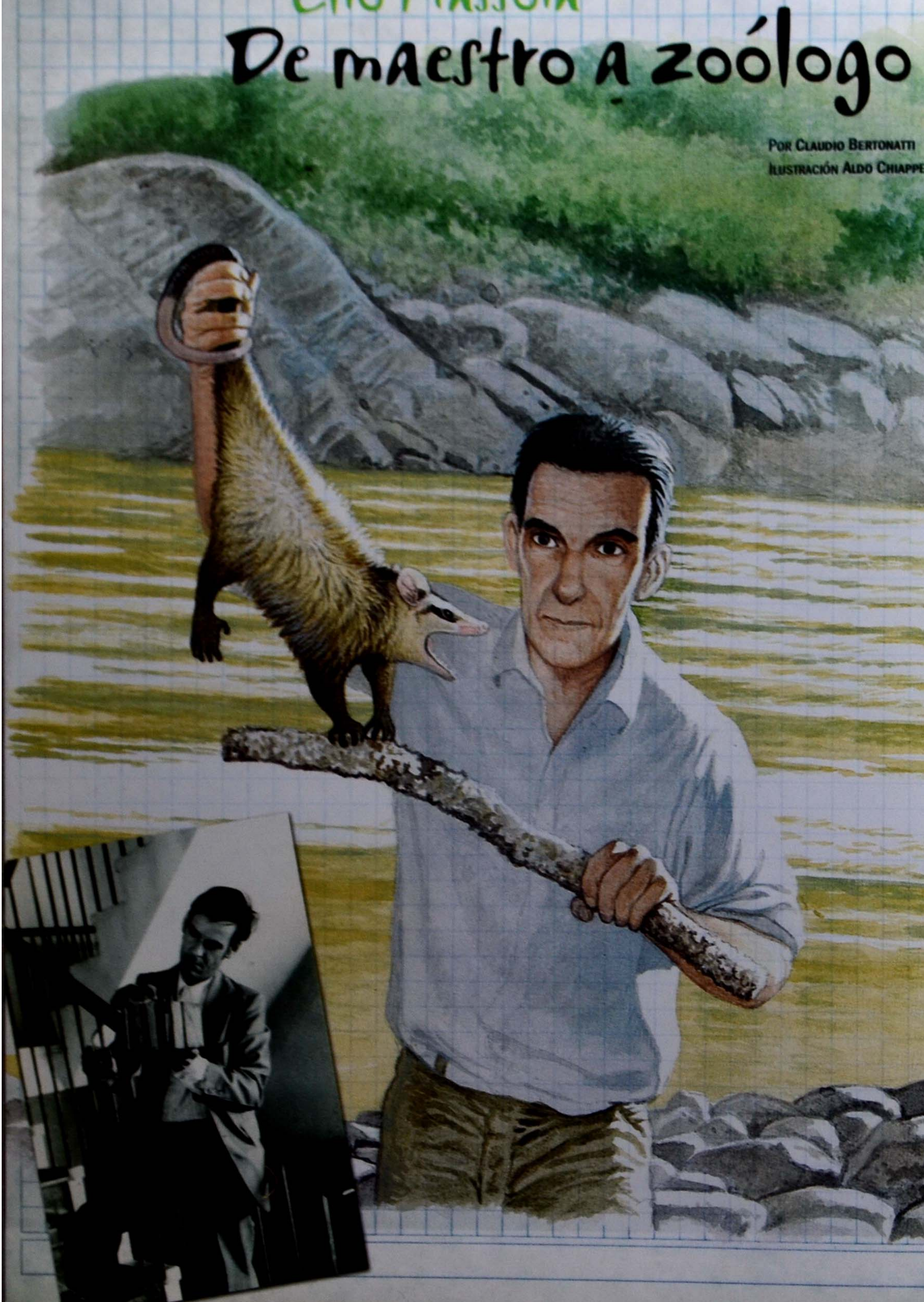


AVENTUREROS POR NATURALEZA

Elio Massoia De maestro a zoólogo

Por Claudio Bertonatti
Ilustración Aldo Chiappe



“¿Sabe cómo llegar?”, era la réplica rigurosa al preguntar por Elio Massoia en la recepción del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia.

“Sí, sí, ya lo visité otras veces”, la contraseña para seguir. Los novatos, en cambio, debían recibir la explicación para

atravesar un jardín vedado al público, y luego arribar a esa “torre de ajedrez” que era su laboratorio.

Desde principios de los 80, casi todos los miembros de la Fundación Vida Silvestre Argentina lo frecuentábamos, primero en el INTA de Castelar, donde trabajó más de 20 años y, finalmente, en el museo.

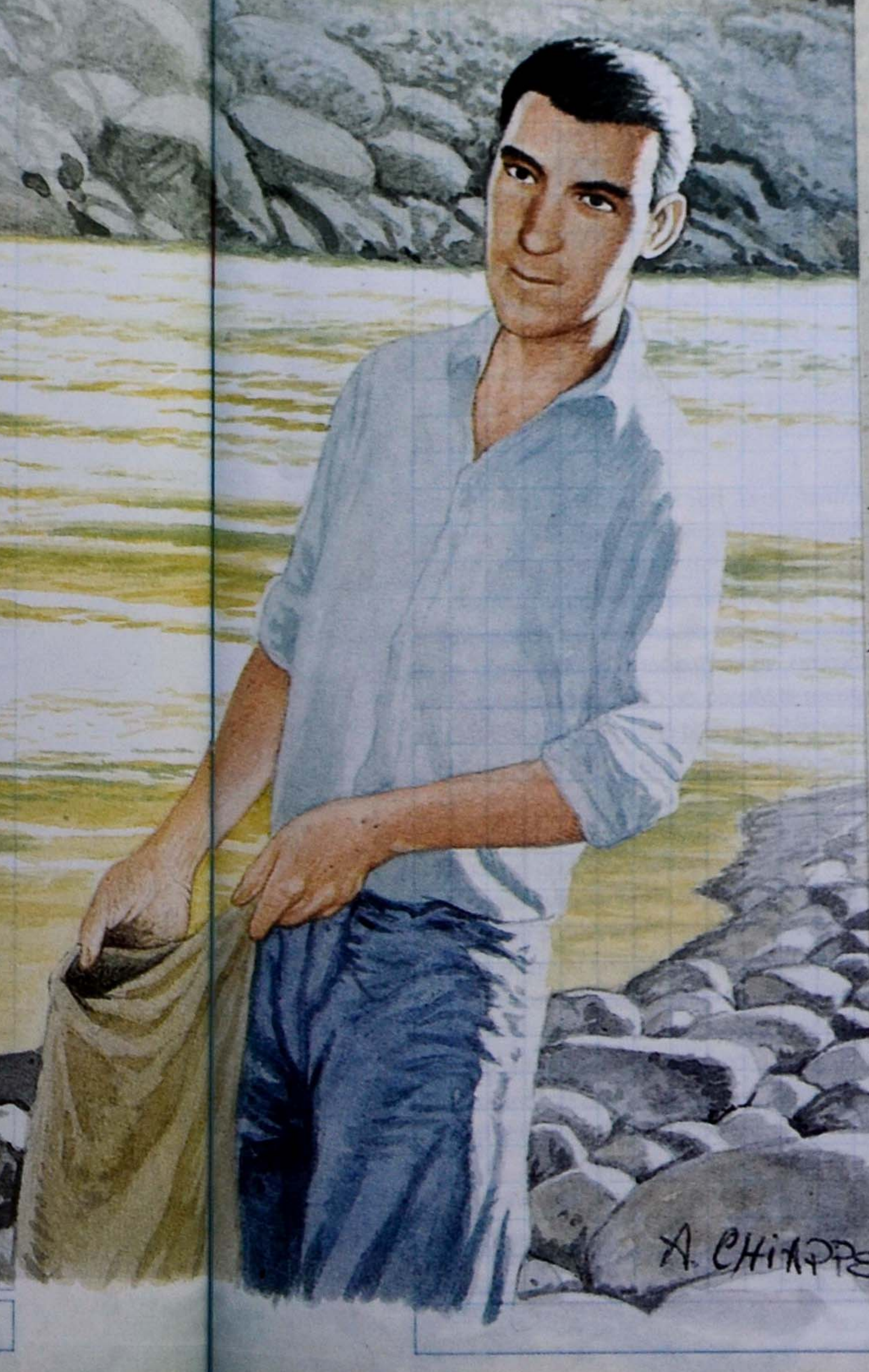
Y no éramos pocos, porque Massoia era de los pocos hombres de ciencia que abrían su puerta para atender a los jóvenes estudiantes o naturalistas, haciendo honor a su título de “maestro”.

Eso sí, la impresión inicial podía ser desconcertante si calzaba esas enormes lupas binoculares con las que examinaba pequeños cráneos. Parecía entonces un piloto de la Primera Guerra Mundial rodeado de una multitud de huesos de mamíferos, frascos con arañas o fósiles. Cuando no, de cientos de regurgitados de lechuzas que contenían restos de los roedores cazados por ellas y estudiados por él. Sin necesidad de dar aviso previo, uno se acercaba a su universo desordenado, entre libros y manuscritos, con un mortal cigarrillo negro encendido y el mate, más que dulce, algo frío y casi lavado. Por menor que fuera la consulta, suspendía su tarea para dar una lección, que no por falta de generosidad, paciencia y humildad, solía comenzar con un: “¿Qué me trajiste?”.

Conviene explicar que el móvil habitual de estas visitas era llevarle algún misterio para desentrañar, sea en la forma de un cráneo, una araña o algún otro resto curioso. Entonces, como un águila, Elio clavaba su vista sobre el bulto y, de inmediato, con seguridad y energía, arrojaba las dos palabras en latín que conforman un nombre científico... Pero si el asunto representaba una rareza o un descubrimiento, lanzaría su clásica expresión de euforia: “¡Esto es una bomba atómica!”. A partir de allí, el joven naturalista sentiría la satisfacción de hacer su aporte a la ciencia. Es que Massoia transformaba cada hallazgo en un artículo. Eso sí, tipeado con una vieja máquina de escribir, para luego publicarlo -o mejor, digamos, reproducirlo- en un modesto cuadernillo. Él mismo armaba, diseñaba, financiaba y distribuía aquellos boletines APRONA (de la Asociación para la Protección de la Naturaleza), donde jamás olvidó agradecer a cada colaborador.

Pero un encuentro con Massoia no se restringía a la zoología. Era un despliegue de anécdotas y ocurrencias. Era capaz de caminar de espaldas contra la pared de su despacho para recrear la riesgosa forma en que coleccionaba fósiles en los acantilados atlánticos. Podía contagiar su entusiasmo por escribir una monografía sobre las arañas de la Argentina, poniendo delante un puñado de ellas vivas, como quien convida con bombones. O hablar de los avances de su inconclusa “Enciclopedia del gato”, emitir desopilantes comentarios sobre las pirámides de Egipto, referir avistajes del “Nahuelito”, el yeti o el ucumar, la vida extraterrestre y enumerar una sucesión de personajes pintorescos que aseguraba haber encarnado en vidas pasadas.

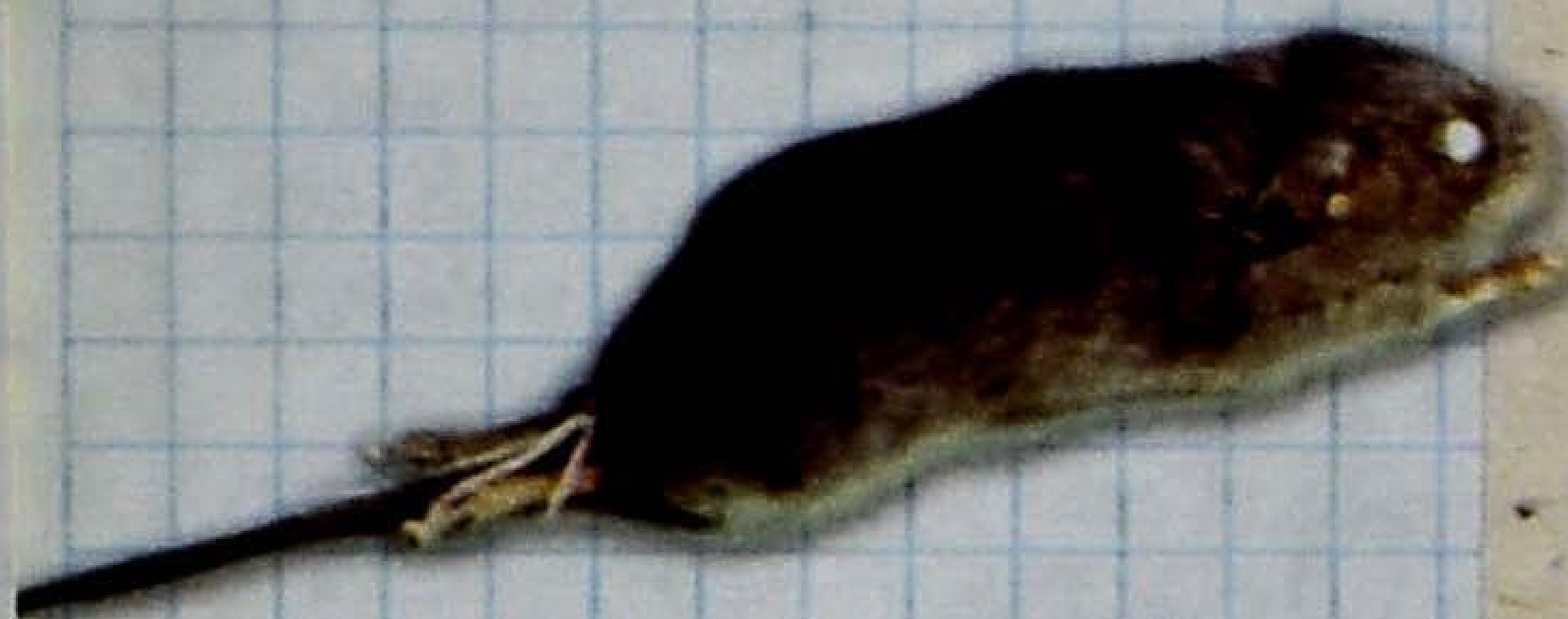
Alguien podrá tildarlo de “loco” por algunos de sus relatos, pero Massoia fue uno de nuestros mayores zoólogos. Encarnó un modelo cada vez más difícil de repetir: el naturalista autodidacta que alcanzó notoriedad científica internacional. Con su título de Maestro Normal Nacional, publicó unos 250 artículos científicos y cuatro libros, convirtiéndose en uno de los autores más prolíficos y citados de la literatura sobre mamíferos sudamericanos.



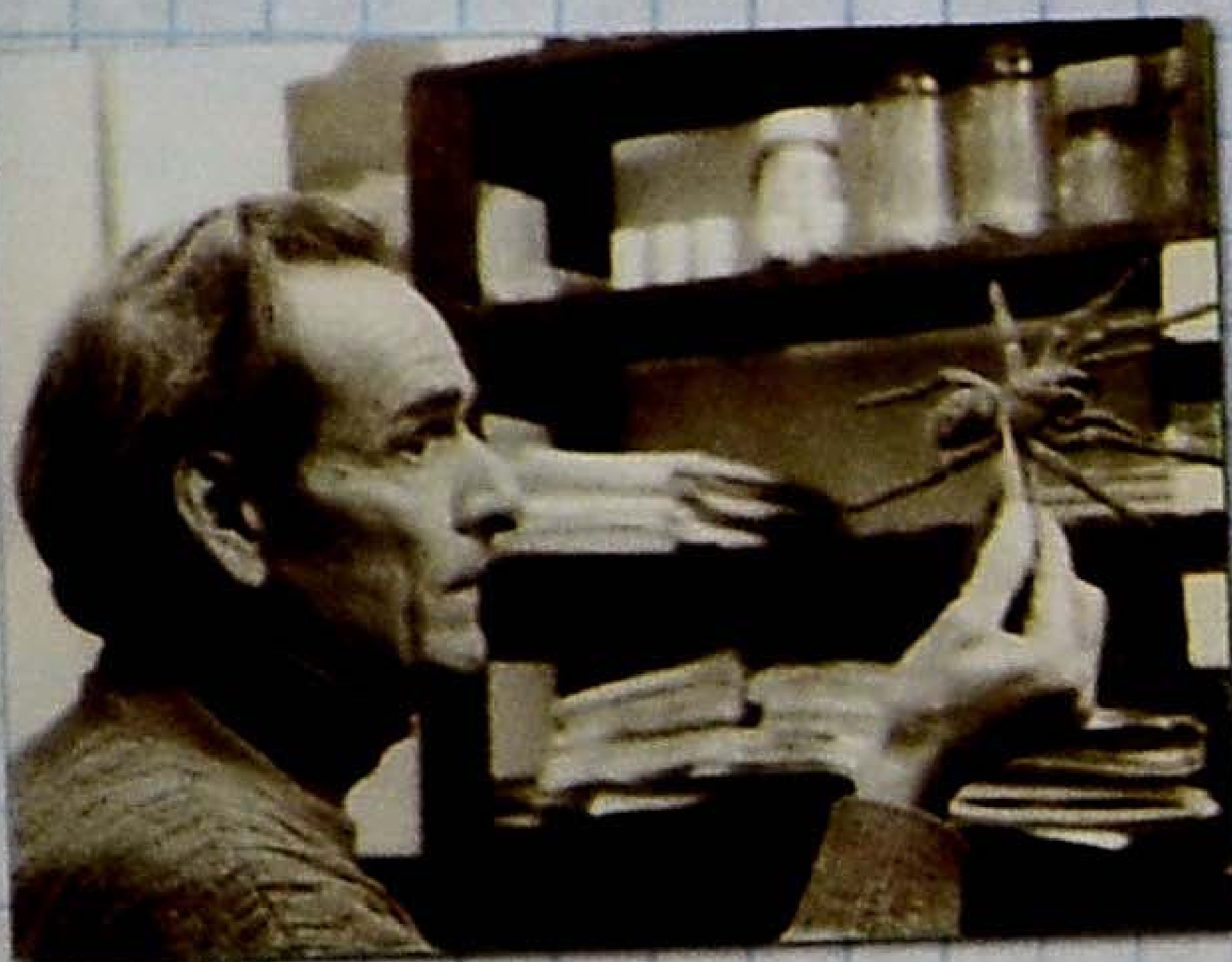
AVENTUREROS POR NATURALEZA



Antonia y Abel de campaña.



En el INTA de Castelar.



En el Museo Bernardino Rivadavia.

Su pasión por los animales había despertado cuando niño. Tenía cuatro años y ya buscaba arañas en Chacras de Coria y Guaymallén (Mendoza), donde creció, aunque había nacido en el barrio porteño de Boedo el 19 de agosto de 1936. Más tarde, en Buenos Aires, comenzó a explorar y estudiar la fauna suburbana de los pajonales de Hurlingham y los bañados de Flores, para luego adentrarse con técnicas superadas en las selvas de Punta Lara. Alternaba esa actividad con otra que le permitía conformar mejor a sus padres: el estudio de violín (¡cuesta imaginarlo!). Y fue entre negras y corcheas que conoció a su inseparable amigo Abel Fornes.

Massoia formó familia con Antonia "Chiche" de Simone y más tarde su hija Bibiana. Todos compartían la afición de Elio. El grupo completo, junto con Abel, recorrió el país haciendo de la zoología de campaña un emprendimiento familiar, donde cada uno cumplía un papel. Elio y Abel armaban campamento y disponían trampas y redes. Bibiana cuereaba los ejemplares, que luego "Chiche" procesaba para su conservación. Finalmente, Elio se encargaba de la rutina científica de rigor, clasificando y rotulando a todos los ejemplares. Es una pena que estas jornadas de trabajo no hayan quedado registradas en algún documental, porque el equipo operaba a toda hora y durante décadas, invirtiendo así sus vacaciones de verano e invierno. De día colocaban trampas para roedores y marsupiales. De noche, redes para murciélagos. Esta última era la especialidad de Abel, quien murió en un accidente el 18 de julio de 1972, a los 33 años, mientras capturaba quirópteros. La tristeza fue enorme, pero el equipo familiar siguió adelante hasta conformar una colección con más de 10.000 especímenes: una de las mayores del país. Allí quedaron incluidas nuevas especies y subespecies que Massoia aportó a la ciencia. Y, en ese momento de gloria mayor que significa bautizar una nueva entidad taxonómica, él se acordaba de sus compañeros. Así, el género *Bibimys* y la subespecie *Akodon azarae bibianae* quedaron dedicados a Bibiana, *Oligoryzomys flavescens antoniae*, a Antonia y *Oligoryzomys fornesi* a su inolvidable amigo.

Otros zoólogos se acordarían también de él, homenajeándolo con el nombramiento de dos invertebrados (*Rictularia massoiae* y *Polygenis massoiai*) y dos roedores: uno viviente (*Bolomys temchuki elioi*) y otro fósil (*Massoiamys*).

"La vida de Elio no fue afortunada, y seguramente debió arrastrar una alta carga de frustraciones y carencias materiales para desarrollar sus potencialidades", reflexiona el Prof. Julio R. Contreras, su compañero de laboratorio en la Universidad de Buenos Aires y luego en el Museo de Ciencias Naturales. "Sin embargo, hacia 1964 era ya el referente máximo de la cricetología argentina" (el estudio de los pequeños roedores, que constituyen más del 25% de las 360 especies de mamíferos de nuestro país).

Elio Massoia fue un ejemplo de vocación y perseverancia en un país donde abundan los "no se puede". Su magro sueldo fue dedicado por completo a impulsar la ciencia nacional durante 45 años. Financió sus campañas, formó su monumental colección y divulgó todo lo que hizo a través de aquel medio centenar de boletines APRONA, donde citó una enorme cantidad de nuevas localidades para mamíferos vivientes o fósiles, e incluso lo poco que hasta hoy sabemos de algunos extraños roedores.

La noche del 22 de mayo del 2001, su otro compañero inseparable, el cigarrillo, le cerró su última trampa. Pero no pudo llevarse sus enseñanzas, su aporte a la ciencia, sus ocurrencias, ni el eco de sus vociferaciones, que perduran en el recuerdo de quienes tuvimos la suerte de conocerlo.

Su nombre merece un lugar junto al de los más grandes mastozoólogos argentinos del siglo XX.



83

VIDA

Enero - Marzo 2003

REVISTA DE LA FUNDACIÓN VIDA SILVESTRE ARGENTINA

SILVESTRE



WWW.VIDASILVESTRE.ORG.AR

PRECIO \$ 5 - ISSN 0326-3681

LOS NUEVOS INVASORES

AGUAS DE LASTRE **CARTONEROS**
ELIO MASSOIA **LORO** HABLADOR
RECICLADO CORREDOR VERDE

COLECCIONABLE
HUELLAS EN EL DESIERTO

